

EL MORO

Dame los pies á besar.

EL REY

No; cabalga junto á mí,  
que quiero contigo hablar.Picó espuelas don Enrique,  
é imitóle el africano,  
y atravesando la puente,  
en Santo Domingo entraron.

III

Ó el bueno de don Enrique  
fué crédulo por demás,  
ó el moro fué por su parte  
sutilísimo y sagaz,  
porque en menos de dos días  
entre los dos de tratar,  
entre ambos á dos había  
estrechísima amistad.  
Ya fuera que el africano  
descubriese desleal  
á Enrique graves secretos  
del rey moro Mahomad;  
ya fuera que el rey Enrique  
se los quisiera arrancar  
con una sagaz política  
á la del árabe igual;  
ya fuera que ambos á dos  
se intentaran engañar,  
ó ya que los dos obrasen  
con hidalga lealtad,  
ello es cierto que aquel moro,  
del Rey empezó á gozar  
muy repetidos favores  
y muy grande intimidad,  
que hizo á todos los privados  
ante su favor cejar,  
por más que el vulgo y la corte  
murmuró de este desmán.  
Decían, y con justicia,  
que le sentaba muy mal  
á todo un Rey castellano,  
con moros tanta amistad;  
que quien nació su enemigo,  
era al cabo de esperar

que tuviera allá en su pecho  
poca ó ninguna verdad.  
Todo ello dicho en razón  
y sin respeto quizás,  
pero dicho todo en balde,  
pues no lo quiere escuchar  
el Rey, que por su capricho  
ó por recóndito plan,  
hacia el gallardo africano  
inclina la voluntad,  
y ya por secretas causas  
ó por afición real,  
festejábanse uno á otro  
con correspondido afán.  
Dábale el Rey privilegios  
y rentas que disfrutar,  
dábale estancia en palacio  
y aun en su mesa sitial.  
Y el moro, á quien cada día  
remitían sin cesar  
desde Granada sus dodos,  
sus amigos desde Orán,  
tesoros inestimables  
y presentes sin igual,  
al Rey se los ofrecía  
con gran liberalidad.  
Y apenas día pasaba  
sin que le fuera á llevar,  
ya el damasquino mandoble,  
ya el cordobés alazán;  
y siempre, entre sus regalos,  
solían ir á la par,  
ya el velo para la Reina,  
ya para la dama el chal,  
ya la armadura dorada  
para el príncipe don Juan,  
ya el perro de mejor rastro,  
ya el azor más perspicaz.  
Todo era el moro larguezas  
y el Rey prodigalidad;  
si el Rey el más generoso,  
el árabe el más galán.  
Todo era fiesta el palacio:  
tañer, danzar y trovar;  
todo festejos el día,  
toda la noche rondar.  
Todo festines y amores  
en la gente principal,  
todo embriaguez y rondallas  
el vulgo hambriento y audaz.

Si en una apuesta ó torneo  
placiale al Rey bajar  
á correr en el palenque  
con un noble á trance igual,  
bajaba el moro tras él  
á lucir su habilidad  
en los bohordos y cañas  
y juegos de uso oriental.  
Y nadie rompió una lanza  
con tanta seguridad,  
ni nadie montó á caballo  
con una destreza tal,  
ni nadie metió en el blanco  
tantos dardos á la par,  
ni nadie en cortesania  
logró alcanzarle jamás.  
Si diez sortijas ganaba,  
si ocho lazos alcanzar  
lograba una misma tarde,  
cual diestro, siendo galán,  
al Rey y á la Reina al punto  
ofrecía la mitad,  
entre las damas más bellas  
repartiendo las demás.  
Y así se pasaba el tiempo,  
y así, en escándalo asaz,  
de don Enrique y el árabe  
se estrechaba la amistad.  
Y ó el bueno de don Enrique  
crédulo era por demás,  
ó era por su parte el moro  
sutilísimo y sagaz.

IV

Corrió todo el mes de Abril  
para el confiado Enrique,  
uno de los más gloriosos  
y uno de los más felices.  
La tierra empezó con Mayo  
con sus flores á cubrirse,  
y el cielo fué despejándose  
de nubes y nieblas tristes.  
El viento henchían de aromas  
los cefirillos sutiles  
recogidos en las ramas  
de los huertos y jardines.  
Veía el Rey favorable

estación tan bonancible  
para realizar los planes  
que supo allá concebirse  
en su corazón y juicio,  
y que á poder él cumplirles,  
fuera acaso el Rey más grande  
y el mejor de los Enriques (1).  
Pero no hay cosa que el hombre  
para su bien imagine,  
que no le estorbe la suerte  
que por su bien la realice.  
Ya ha días que el sarraceno,  
tan pródigo en los festines  
y en los regalos, ninguno  
á su nuevo Rey dirige.  
Ya ha días que de su parte  
el Rey ninguno recibe,  
ni el Rey le manda sus pajes  
con prenda alguna que estime.  
Y unos dicen que ya en ellos  
no está la amistad tan firme,  
y otros que dió á sus tesoros  
fin el africano, dicen.  
Pero desmentidos vieron  
sus murmullos los malsines  
en la mañana de un martes,  
día aciago entre gentiles.  
Gozaba el Rey todavía  
blando reposo apacible,  
cuando al dintel de su cámara,  
un negro que al moro sirve,  
se presentó, demandando  
si la entrada le permiten;  
y como saben los pajes  
que el Rey dondequiera admite  
al esclavo y á su dueño,  
ninguno el paso le impide.  
Franqueáronle, pues, la puerta,  
y apartando los tapices,  
en la cámara del Rey  
entró en silencio el etiope.  
Quedó tras él el ambiente  
lleno de oloroso admizcle,  
que un azafate que lleva  
entre las manos, despide.  
Mas no pudo nadie ver  
lo que en él se deposite,  
porque cubierto lo trajo

(1) Véase la nota 2.<sup>a</sup>, pág. 314.



con la hermosa piel de un tigre.  
Sintióse con el esclavo  
hablar al Rey don Enrique;  
sintiéronse las ventanas  
á la voz del rey abrirse;  
y tras de breves momentos,  
con su semblante impasible,  
como una siniestra sombra  
volvió á salir el etíope.  
Quedó el Rey con el regalo  
sobre su lecho, y posible  
no siéndole contenerse,  
levantó la piel de tigre  
que cubría el azafate,  
y no es fácil de escribirse  
su sorpresa, al ver en él  
dos moriscos borceguíes.  
Eran de una piel más blanca  
que la pluma de los cisnes,  
abotonados con perlas  
y un hebillón de rubíes.  
Mil exquisitos bordados  
la piel finísima visten  
de mil caprichosos ramos,  
mil arabescos perfiles,  
con cuyo primor y gusto  
en tejidos y en matices,  
los encajes y las flores  
inútilmente compiten.  
Obra del Oriente sólo  
y de moriscos artifices,  
que hacen palacios de piedra  
como el encaje sutiles.  
Trabajo de aquellas manos  
que para que al mundo admire,  
nos dejaron una Alhambra  
del Darro en la orilla humilde.  
La Alhambra, ante quien Europa,  
ya desengañada, dice:  
«No fué de bárbaros raza  
la que alzó el Generalife.»

—  
La primorosa labor,  
la pedrería que ciñe,  
orla, corona y enlaza  
los moriscos borceguíes;  
el suave aroma que exhalan,  
su piel dócil y flexible,

lo bien que al pie se le ajustan  
sin dañarle ni oprimirle;  
la novedad del regalo  
y el traer del moro origen,  
fueron razones de gozo  
para el buen rey don Enrique.  
Mandó entrar, pues, á sus pajes  
á tocarle y á vestirle,  
para ostentar dignamente  
los preciados borceguíes.  
Bizarramente atavióse,  
y al ver cuán brillante sigue  
su curso sereno el sol,  
y el día en púrpura tiñe,  
pensó en celebrar del moro  
el rico regalo insigne  
con improvisada fiesta  
que su placer le atestigüe.  
Llamó, pues, al africano,  
y mandando que le ensillen  
los caballos, y que apresten  
los azores y neblíes,  
una partida de caza  
y un campesino convite,  
para el árabe y sus nobles  
rápidamente apercibe.  
Y hora, y sitio, y compañía,  
señala, busca y elige,  
y alegremente cabalga;  
parte, y la corte le sigue.

## V

Está el sol resplandeciente  
y purísima la atmósfera,  
y el azul del firmamento  
sombrias nubes no entoldan.  
Sólo á trozos le salpican  
de ráfagas voladoras,  
al impulso arrebatadas  
nubecillas caprichosas;  
vapores tornasolados  
que así varían de forma  
como varían de sitios,  
hasta que al fin se evaporan.  
Risueño está el día, amena  
la campiña, encantadora  
la caza de cetrería,

en que los del Rey le gozan.  
A inmenso trecho en el aire  
los neblíes se remontan,  
sin que los pierdan de vista  
los cazadores. ¡Qué airoso  
se cierne libre en los aires  
sobre sus alas, y esponja  
su fina y rizada pluma,  
la garza provocadora!  
¡Cómo se burla del vuelo  
de las aves temerosas  
que la huyen, y á quien persigue  
revolando juguetero!  
¡Cómo en torno de su presa  
gira, y revuelve, y la acosa,  
y en su derredor circula,  
de su torpeza por mofa!  
Ya, al parecer, libre y salva  
dejándola, el vuelo acorta;  
ya á perseguirla volviendo,  
le precipita afanosa.  
Tiembla la avecilla débil,  
canta el ave triunfadora,  
y en espiral rapidísima  
caen á la tierra una y otra,  
y el lance á juzgar alegres  
los cazadores se agolpan,  
y con aplausos y risas  
á celebrar la victoria.  
Contentísimo está el Rey,  
contenta la corte toda,  
y las damas que esto miran  
desde una empinada loma.  
El halcón negro de Enrique  
es quien lleva por ahora  
el honor de la partida.  
¡Con qué humildad tan donosa  
hace la presa, la abate,  
á los pajes la abandona,  
y á don Enrique volviéndose,  
en la mano se le posa!  
Y ¡cómo el Rey le acaricia,  
y en su palma le coloca,  
y esponja el ave sus plumas  
agradecida y gozosa!  
Lánzala, y rauda se eleva;  
la llama, y se abate pronta:  
dijeran que oye y comprende  
las palabras de su boca.  
El sarraceno, que el arte

de la cetrería ignora  
porque no es arte seguido  
por la raza de Mahoma,  
su incomparable destreza  
prueba, con dardos que arroja,  
que desde el caballo lanza  
y desde el caballo toma.  
Hienden el aire silbando  
con rapidez prodigiosa,  
y tan certeros los tira,  
que á los más diestros asombra.  
Su esclavo negro le sigue  
sobre yegüecilla torda  
de ruin estampa, mas fuerte,  
incansable y corredora.  
Y éste recoge los dardos  
de su amo que al suelo tocan,  
al estilo de los árabes,  
con mano segura y pronta,  
sin abandonar el lomo  
del animal en que monta,  
el cual lleva en su carrera  
la tierra al vientre tan próxima,  
que inclinándose el jinete,  
sin que apenas se conozca  
ase el dardo que está en tierra,  
aun sin mirar si lo cobra.  
¡Tanto puede la costumbre,  
tanto la práctica logra,  
y tanto á los castellanos  
por eso entrambos asombran!

En esto, y cuando en los aires  
mirada firme y ansiosa  
todos clavada tenían  
en una torcaz paloma  
que, de un halcón perseguida,  
iba á la herida traidora  
del dardo del sarraceno  
á caer, si le era próspera  
como siempre su certeza,  
cubrióse la tierra toda  
de obscuridad tan espesa,  
que el día fué noche lóbrega.  
Sintiéronse al punto todos  
presa de mortal congoja,  
sin que pudieran sus ojos  
penetrar aquellas sombras.  
Barrió el suelo un viento rápido  
y helado, y cuando á la atmósfera



obscura se hizo la vista,  
 con hondísima zozobra,  
 vieron lucir las estrellas  
 que el firmamento tachonan,  
 creyendo que de repente  
 menguaba el día seis horas.  
 Faltó el aliento en los pechos,  
 faltó la voz en las bocas,  
 y todos ante el prodigio  
 callando tiemblan ú oran.  
 Sólo el árabe y su esclavo  
 que están platicando notan,  
 y aquel fenómeno aplauden  
 con una alegría loca;  
 y escuchando los cristianos  
 su algazara escandalosa,  
 por sortilegio lo juzgan,  
 por brujería la toman.  
 Hasta que á pocos minutos  
 asomando luminosas  
 del encapotado sol  
 las resplandecientes orlas,  
 volvió poco á poco el día,  
 volvió á ausentarse la sombra,  
 y el moro explicó el eclipse (1)  
 á la comitiva absorta.  
 Mas aunque entendieron todos  
 que esas señas espantosas,  
 de este vistoso fenómeno  
 son las circunstancias propias,  
 á nadie arrojar fué dado  
 del corazón la congoja,  
 ni nadie siguió tranquilo  
 en caza tan azarosa.  
 Tornaron, pues, en silencio,  
 con faz decaída y torva,  
 á la ciudad que dejaron  
 con risa tumultuosa.  
 Quejóse el Rey de cansancio,  
 y tras noche asaz incómoda,  
 no pudo al día siguiente  
 salir por sí de su alcoba.  
 Vinieron con tal noticia  
 los sabios de la redonda,  
 y declararon unánimes  
 que el mal del Rey *era gota*.

(1) Véase la nota 3.<sup>a</sup>, pág. 315.

## VI

Pasáronse así dos días,  
 y así se pasaron seis,  
 y así se contaron nueve,  
 y rayaron en los diez:  
 y en ellos las medicinas  
 sólo sirvieron al Rey  
 para entender que la muerte  
 le asaltaba por los pies.  
 Llorábale su hijo el Príncipe,  
 y la Reina su mujer,  
 y más que todos el moro  
 se hacía al llanto por él.  
 Iba y venía afanado,  
 los calmantes á traer,  
 y á preparar los remedios  
 con cuidadoso interés;  
 y como era hombre entendido  
 y el Rey le quería bien,  
 murmuraban de ello muchos,  
 mas le dejaban hacer.  
 Mirábanle los doctores  
 con ojeriza también,  
 mas á raya se tenían  
 respetando su saber.  
 Que era el árabe en su ciencia  
 hombre de tan alta prez,  
 que no hubo quien en Castilla  
 se le supiera oponer.  
 Y en las juntas que les plugo  
 reunir alguna vez,  
 siempre que él tomó la suya,  
 fuerza á los demás les fué  
 convenir exactamente  
 en lo propuesto por él,  
 y á sus opiniones siempre  
 y á sus razones ceder.  
 Y con tanta confianza,  
 con tan recta sencillez  
 la enfermedad explicaba,  
 y daba su parecer  
 con tanta y tan sana lógica,  
 con tan candorosa fe,  
 que nadie que le escuchaba  
 le dejaba de entender.  
 Y los remedios servía

al Real enfermo después  
 con tan sincero cariño,  
 con exactitud tan fiel,  
 que nadie le pudo tacha  
 en su servicio poner.  
 Y en el tiempo que duró  
 aquella dolencia cruel,  
 todas las noches velando  
 estuvo el árabe al Rey.  
 Sus largas noches de insomnio  
 le sabía entretener  
 con orientales historias  
 más sabrosas que la miel.  
 Los monteros le escuchaban  
 embebidos á su vez,  
 y el más suspicaz no supo  
 desconfiar ni temer.  
 Si alguna vez don Enrique  
 le miró con esquivos  
 á impulso de los dolores  
 que le hacían padecer,  
 mesaba el moro su barba  
 y le trataba de infiel,  
 de triste y desventurado,  
 y sin tenerle merced,  
 decía que de aquel mal  
 ¡solo la causa fué  
 con la maldecida caza  
 dispuesta en obsequio de él.  
 En fin, de aquella dolencia  
 al rayar el día diez,  
 el Rey se sintió mortal,  
 y á Manrique el cançiller  
 demandando á toda prisa,  
 y á su confesor después,  
 á concluir se dispuso  
 como católico y Rey.  
 Entonces, cruzando el moro  
 de las puertas el dintel,  
 de la turba cortesana  
 cruzó sombrío á través.  
 «Doctor (le dijeron muchos),

¿creéis que viva?—Tal vez,  
 les dijo, dure cuatro horas.»  
 Pero no llegó ni á tres.

## VII

Murió don Enrique en lunes  
 treinta de Mayo, á las dos,  
 como á un caballero cumple,  
 como á un monarca español.  
 Fama de bueno y de justo  
 y de liberal dejó,  
 mas juzgó mal de su muerte  
 el vulgo murmurador.  
 De aquella dolencia incógnita  
 el fatal estrago atroz  
 en breves días, sin tregua,  
 al sepulcro le arrastró.  
 Y aquel agüero funesto  
 de haberse apagado el sol;  
 y hacer noche al mediodía  
 en el que él adoleció;  
 la amistad con aquel moro,  
 tal vez secreta ocasión  
 de la enfermedad traidora,  
 á muchos les recordó  
 lo bastardo de su sangre  
 y la sangrienta traición  
 con que en Montiel á su hermano,  
 el rey don Pedro, mató.  
 Unos lo dan por prodigio,  
 otros por falsa invención.  
 ¿Quién, pues, lo cierto averigua  
 á través de tanto error?  
 Las conjeturas son rectas;  
 y el moro desapareció,  
 y el Rey empezó á sentir  
 en las plantas el dolor  
 desde el día en que sus ricos  
 borceguíes se calzó.  
 La causa, pues, de su muerte  
 la sabe quien la hizo y Dios.